

## DEL AFEITADO\*

Cada vez que me afeito siempre me acuerdo de mi papá, y de una de las más conmovedoras memorias que retengo de mi infancia: el día que mi papá me trajo al barbero para que me afeitara por primera vez.

Me imagino que antes de fallecer a los 36 años, él quería acompañar a su único hijo al imperecedero ritual del primer afeitado –aunque, a decir verdad, yo sólo tenía a los 12 años de edad unas miserables pelusitas de incipiente bigote bajo mi nariz.

Esta iniciación sólo se practicaba en los países latinos y quizás en algunas otras culturas mediterráneas –una especie de rito de pasaje a la madurez o confirmación secular. El primer brote de vellos en el cutis de un niño era –hasta hace poco– evidencia de su arribo a la adolescencia y del fin de su inocencia, con todas las connotaciones simbólicas que esto conllevaba: virilidad, bravura, osadía, etc. Que le tildasen a uno de “niño imberbe” era entonces un tremendo insulto.

Hasta ese día de mi primer afeitado, sólo había visitado la barbería para que me cortasen el pelo –un corte al raso radical que era estándar para niños en la década de los cincuenta. En Cuba se le llamaba a este estilo “la malanguita” refiriéndose a un moñito ridículo que le quedaba a uno en el pico de la cocorotina. Ahora había de ser introducido al exótico mundo de los afeites, con toda su parafernalia: los olores exóticos de la crema de afeitado, de la toalla hirviente, de los tónicos y ungüentos misteriosos que sólo los barberos conocen, mezclados con el humo de tabaco de los clientes.

La barbería era en esa época una especie de club para caballeros, una reserva exclusiva sólo para machos, donde los clientes podían descansar, leer las páginas deportivas del periódico, disfrutar mirando los retratos de las estrellas semidesnudas de la farándula que adornaban las paredes, y apostar a los caballos con los corredores locales. Debates violentos y ruidosos acerca de los campeonatos regionales de pelota o de los partidos políticos se sazonaban con chistes pícaros compuestos por lo general de imágenes eróticas, fecales o escatológicas. Para un niño de doce años de edad todo aquello era más espantoso que perderse en un circo.

Mucho más horripilante era ver al barbero afilar su tremenda navaja: Éste sacaba su “matavaca” recto con filo de ocho pulgadas de largo, y se ponía a afilarlo con una gruesa correa hasta que podía cortar transversalmente un pelo en cuatro partes.

Así lo recuerdo: Mis ojos saltan de sus cuencas de tanto miedo, mientras que todos en la barbería se ríen a carcajadas comentando las torturas que voy pronto a sufrir. El barbero pisa un pedal debajo de mi silla y ésta sube hasta el nivel de su cara. Comienza a espumar mi cutis infantil, tratándolo como si estuviese todo cubierto de pelos. La crema está caliente pero alivia mis mejillas. Mi papá observa orgulloso como su hijo valientemente lo acepta todo muy quieto y sin lloriquear durante la defenestración.

Tras lo que me pareció un lapso interminable, se consumó el ritual y pude bajarme de la silla del barbero –supuestamente desbigotado, ya por fin un hombre hecho y derecho, refrescado por la loción post-afeites cuando salimos al calor tropical habanero.

No me acuerdo qué hicimos mi papa y yo después. Probablemente me llevó a una heladería o dulcería local para premiarme con un enorme vaso de batido “frozen” de chocolate, mostrando orgulloso a su hijo recién afeitado a todos sus compinches del recinto –que olía maravillosamente a café recién colado, pastelitos de guayaba y cangrejitos calientes –fragancia que solamente emanan los cafetines latinos.

Mi padre nunca llevó barba, sino más bien un bigote tipo lápiz à la Clark Gable, como usaban los aviadores y marinos aliados durante la segunda guerra mundial. Mi padre –debo aclarar– hizo su servicio militar como operador de sonar en un caza-submarinos que patrullaba el mar Caribe, al acecho de U-Botes alemanes. A veces cuando me afeito hoy, ya viejo, me pregunto cómo hacía para afeitarse a bordo de ese bote cuando jadeaba y planeaba sobre las oleadas tormentosas del Caribe? ¿Usaba mi papá una navaja recta como la de los barberos? No estoy seguro si ya *Gillette* había inventado la maquinilla de afeitar para esa época.

Claro que hoy en día la mayoría de los hombres se afeitan a sí mismos, escapando así por lo menos la mutilación en manos ajenas.

Afeitarse es un arte que se aprende lentamente y tras mucho desangre. Hay ciertas reglas que uno debe radicar profundamente en su subconsciente a no ser que sea masoquista: Nunca se afeite paralelo al filo de la navaja. Nunca se afeite contra la corriente. Nunca se afeite la nariz. Cambie su navaja al menos una vez al mes. Bañe su navaja en alcohol la noche anterior para prevenir infecciones. Para mí, un buen día es aquel en que sé que no me tengo que afeitar mañana.

Cuando triunfa la Revolución cubana, mi padre ya se había muerto de una enfermedad rarísima que hasta hoy nadie ha podido diagnosticar a ciencia cierta. Él se perdió la metamorfosis de los pelos masculinos en barbas hirsutas y abundantes –símbolo de revolución– enarboladas por los rebeldes que subieron con Fidel Castro las faldas de la Sierra Maestra. Durante un par de años, todo macho cubano se dejó crecer la barba. Se puso de moda. También vimos por primera vez a hombres de pelo largo y greñado: una revelación para nosotros los adolescentes, criados todos en la imagen de las caras pulcras y podadas y de cogotes engominados con brillantina que usaban los gringos.

Este fenómeno continuó durante la década de los sesenta cuando todo hippy e izquierdista estaba obligado a semejarse al Ché Guevara. Esta herencia peluda fue la que legamos al mundo, infestado hoy de yihadistas y de eco-terroristas de todas clases.

Nunca he de saber qué hubiera pensado mi padre de toda esta locura. Su mundo era mucho más simple y de compromisos morales mucho más claros.

Pero ahora, de vez en cuando, al afeitarme mis canosas mejillas, les juro que él está ahí a mi lado, guiando mi navaja y enseñándome cómo hacer para evitar las mellas y cortadas, y qué cantidad de crema debo aplicar para no desperdiciarla, en esta hora de escasez general, ... dada la guerra.

\* Traducción de "On Shaving" © Pascual Delgado. Escrito en Montreal el 29 de agosto del 2014 y revisado el 20 de noviembre del 2015. Publicado en *The Apostles Review*, Nº 18, Otoño 2016.